

te es el bien público: esta es su obra favorita: esta es la consumacion de no pocos años de trabajos y diligencias. Este es el interés de la Iglesia, de las costumbres y el Estado; en él estriba la seguridad de nuestros Reyes. Destruida la Compañia se eleva la Nacion; se inmortaliza este siglo. La inmortalidad, ciertamente, está á precio bien bajo, cuando se puede comprar con dinero, pues costaba ella en otro tiempo, hazañas, servicios y virtudes.

En la segunda clase se deben comprender todos los Cuerpos rivales de la Compañia, que dejaron de existir en la estimacion pública, y en la historia de los servicios y de los talentos, desde que apareció ella en el mundo, para reemplazar á los unos, hacer olvidar á los otros, y excitar la envidia de todos. La reputacion, la esperanza y la idea deliciosa de revivir en el concepto de los hombres, y puede ser en su corazon, de volver á representar un papel honorífico en el teatro del mundo, donde nuevos personajes habian hecho desaparecer á los antiguos; ¿debe reputarse por nada? ¿no merece alguna consideracion? Yo soy de una familia ilustre en otro tiempo: mis antepasados poseyeron mayorazgos y títulos; mas apenas queda de todos ellos memoria. Se me ofrece una ocasion de recobrar mi antiguo esplendor; ¿permaneceria yo tranquila en una pobreza obscura y ociosa? ¿rehusaria volver á comprar la nobleza de mi nombre, y una herencia considerable, que puedo dejar á mis descendientes? Entre

estos Cuerpos, los que pudieren suministrar servicios y luces, contribuirán con sus personas; los demás harán, para reemplazar la Compañia, lo que se practica en la milicia: pagarán en lugar de servir.

Véanse ya los dos tercios de la contribucion: el que resta es mas seguro, porque será menos gravoso. Este quedará impuesto sobre los que desean la destruccion de la Compañia. No los conozco á todos; algunos se esconden todavia, aunque los mas se muestran; asi es que no nombraré á ninguno, y solo señalaré á los que se ofrecen sin buscarlos. Pongo en esta cuenta á todos los Abogados de los Parlamentos, que han escrito, firmado y perorado contra la Compañia y su Instituto, comentándolo á su manera, truncándolo, alterándolo y traduciéndolo como mejor les ha parecido, con una gracia que ha espantado á los insensatos, que ignoran la licencia que en ciertas ocasiones concede la filosofia; á todos los acreedores del P. Lavalette, que han atacado la existencia legal de la Compañia; á todos los Autores, impresores y corredores de los Libelos y de los *Factum*, y á todos los que los han acogido, alabado y esparcido. Sobre todo, bien se puede contar con la liberalidad de cierto partido, que pródigo en todo tiempo por ganarse protectores, no puede ser avaro por deshacerse para siempre de sus mas formidables enemigos. Hay mas, podemos hacer extensiva la contribucion á los extrangeros. El Ministerio portugues vendrá sin duda á nuestro socorro: nuestros planes conducen á su

justificacion, nosotros adquirimos un derecho á su eterno reconocimiento. Pero, ¡la Francia, émula é imitadora de Portugal! Esta consideracion puede ser cueste algo á nuestra vanidad; mas en recompensa, ¿no debe costar mucho á Portugal una disposicion, que tanto lisonjea la suya? Para eso que los Jesuitas de este Reino han dejado bastantes fondos y mercaderias, para ayudar á reemplazar á los de Francia, á quienes un solo comerciante ha arruinado.

Vaya otro recurso. La Gazeta Eclesiástica. ¡Cuanto puede ella sola ministrar, atendido su mérito y circulacion! Cuarenta y cinco libras me cuesta al año su suscripcion, y las doy por bien empleadas únicamente por leer las oraciones fúnebres del partido, y los atentados de la Compañia. Hace mucho tiempo que ella me profetizó lo que estoy viendo ahora: es admirable este papel: las demás Gazetas cuentan historias pasadas, ó sucesos presentes; pero esta revela lo futuro. Con las otras no quedo asegurada ni de lo actual, ni de lo pasado; con esta alcanzo lo que ha de suceder. No hay cosa de mayor importancia, ni mas abundante y multiplicada; por consiguiente tal produccion debe originar suma ganancia. ¿Pero destruidos una vez los Jesuitas, no cesará este arbitrio, pues la Gazeta debe destruirse tambien? No por cierto. La Iglesia Romana, á lo que se dice, subsistirá siempre; la Corte no tiene trazas de querer ser figurista y convulsionaria; los Obispos son gente capaz de conservar largo tiempo el espíritu je-

suitico; muchas Ordenes religiosas que aman y veneran á los Jesuitas; la Congregacion de San Sulpicio, á quien el interes de la Religion ha estrechado mas que nunca á la Compañia; tantos otros Clérigos y Seglares, que se imaginan pensar bien, pensando como ella; todo esto suministrará materia inagotable al Gazetero de la Iglesia de Francia. Y cuando todo turbio corra, habrá todavia Jesuitas, á lo menos, en la China, en el Maduré, en el Canadá, en todas aquellas tierras infieles, á donde solo el deseo de enseñar á los pueblos, que pueden matar á los Reyes, conduce verosimilmente á estos hombres raros, tan pródigos de sus propias vidas como de las de los Soberanos. En todo evento nunca faltarán entre nosotros varones piadosos y mugeres santas, que tendrán la devocion de promover un pleito á su Cura en la hora de su muerte. Asi es que la caritativa Gazeta tendrá constantemente circulacion, ella sobrevivirá á la Compañia, por la cual únicamente parece que nació y existe. Resulta de todo lo dicho, que los nuevos Establecimientos con el auxilio de estos impuestos tendrán el tiempo de entablarse, y acaso de crecer y extenderse; ¿pero en caso de necesidad no podrian aplicarseles por algunos años las rentas de los Hospitales, prohibiendo severamente á todos los pobres estar enfermos en adelante? No tendrá ya la Francia ni miseria, ni Jesuitas. ¡Cuantos bienes de un golpe! Véase aquí sin contradiccion un plan muy fácil y razonable; ¿pero no tiene

él sus dificultades? ¿El nombre de impuesto no tiene un no sé que de chocante? ¿Y si es necesario dar dinero por señalarse en el odio á los Jesuitas, no corre riesgo de que se mire disminuido el número de sus émulos?

Hasta aquí he expuesto las ideas de otros; voy á manifestar las mías. Creo haber probado, que los contrarios de la Compañía no tienen razon en caso de un reemplazo; porque al fin esto es hacernos desear unos Establecimientos, que no nos costaban nada, aunque no sea por otra razon á lo menos, porque es necesario sustituir otros, que nos costarán mucho. ¿Pero qué viene á ser el dinero para una Nación, que no piensa, ni obra, vive, ni muere, sino por el honor? Pues á este mismo honor apelo; á este Tribunal os cito, almas grandes, zelosos Ciudadanos, ilustres enemigos de la Compañía. *Destruyamos, habeis dicho, abatamos este formidable coloso: ya ha llegado el momento de su caída: apresúremosla si es posible.* Ved aquí el grito de vuestro corazon, que repite un millon de voces, y que ha resonado hasta los dos polos de la tierra. La Compañía se ha asustado de tantos clamores, ella se ha puesto pálida, tiembla, bambolea: un empellon mas, y el edificio de los Titanes viene al suelo y se reduce á polvo. ¡Qué placer, qué delicias para corazones generosos, para corazones patriotas! Nosotros hemos arruinado tres mil ciudadanos, que haciendo al presente mucho bien, podrán acaso un dia

hacer algun mal. Tal es la gloria que se solicita; pero quiero que la ejecucion corresponda al proyecto y al deseo: ¿cuál será su resultado? Los Jesuitas no formarán ya un Cuerpo; pero serán todavia hombres sábios, útiles, amables y respetados. ¿Y sus enemigos por la mayor parte, que serán? Hombres de quienes no se hablará ya mas. La celebridad anexa al nombre de los Jesuitas, se extendia hasta á sus adversarios y censores. Se les conoce hoy, se les nombra, ocupan lugar en la historia de los rumores de la murmuracion. Un chiste lanzado contra la Compañía se acoge al punto, se repite, pasa á ser proverbio, se reputa como una nueva y discreta agudeza (1); cada cual pretende ser su autor, el mismo éco que lo repite, el Autómata que lo cree, el bello espíritu que lo adorna, el hipócrita que lo desfigura; todos hacen su papel, y ninguno quiere verse reducido á ser puro miron. Múdese ahora la

(1) ¡Vaya si tienen gracia siempre los enemigos de la Compañía! Hace pocos dias nos dijeron ser proverbio entre los ingleses decir, que los mentirosos hablan *jesuíticamente*. Si lo que los netos protestantes y legítimos embusteros, dicen en oprobio de la Iglesia Romana y de todo lo que le pertenece, debe pasar por un axioma: ¿dónde ira á dar el catolicismo? La desgracia del partido es, que todos estos insulsos chistes se miran con el desprecio que se merecen. ¡Hasta cuando habrá sensatéz entre los adversarios de los Jesuitas!... Pero á propósito de ingleses; ¿serán de la misma opinion que el necio chocarrero, los que han entregado á sus hijos á la educacion jesuítica en *Warthon* y en los demás de sus establecimientos? Sin duda estos deben ser amigos de la mentira, y la tienen como un ramo de buena crianza. *Oh miseri homines! Oh quantum est in rebus inane!* — T.

escena, y todo va á cambiar: ¿qué intentais hacer vosotros los que procurais aniquilar á los Jesuitas? Fuera de que el público pierde con su ruina el gusto de las sátiras, el interés de los partidos, la diversion de las anécdotas escandalosas, la salsa de muchas conversaciones, la ocupacion de no pocas tertulias, en que ya no se sabrá que hablar: ¿qué se dirá de vosotros mismos, y como adquirireis renombre? Ambrosio Güis era un hombre desconocido, un hostelero miserable; gracias á los Jesuitas él ha llegado despues de su muerte á ser un Crespo, un hombre ilustre, un sugeto que ha llamado la atencion de toda la Europa. Destruidos los Jesuitas ¡cuántos grandes nombres quedan olvidados! Un *Fátuo* que en la actualidad es un personaje, no será mas que un fátuo. Un *Fakir* estúpido y fogoso, que gracias á su rábia contra la Compañia, pasa en el concepto de ciertas gentes por un literato de muchas luces, pues sabe decir injurias y baldones, no tendrá ya bajo su borla equívoca de semi-doctor, sino la ciencia de los Mercurios y Gazetas. ¡Qué mudanza para muchas personas, que no les quedará, ni aun el placer de ser infames, porque serán eternamente desconocidas! Luego los enemigos de la Compañia *no tienen razon*. Yo creo, que esto ya está demostrado.

Pero si esto es así; ¿se podrá concluir que los Jesuitas tienen razon? De ningun modo. El negocio presente en nada se parece á todos los demás. Igual-

mente se engañan los Jesuitas, y yo los condeno por sus mismas defensas. *No tienen razon*, ni en la substancia, ni en el modo. Véase cómo discurre. Fuera toda preocupacion favorable á la Compañia; la verdad ha hablado á mi corazon; yo soy Juez, y por rigorosa que ella sea, es necesario que hable por mi boca.

Sí, lo vuelvo á repetir. Por mas que el Papa, el alto Clero, y las dos terceras partes de la Francia se declaren en favor de los Jesuitas, su sinrazon es evidente. Se dice que ellos tienen espíritu, advertencia y política, que conocen á los hombres, al siglo y á sus contrarios; ¡y con todo se justifican! Yo encuentro en esto una fuerte presuncion en su contra: una ceguedad, que no puede ser sino consecuencia del delito. Porque, al fin, segun lo he notado, dos suertes de personas murmuran de la Compañia: los furiosos que inventan, y los indiferentes que los siguen. Estos no creen culpables á los Jesuitas; pero los acusan: este es el estilo del mundo. Aquellos, aunque tocasen su inocencia con las manos, jamás dejarán de tenerlos por delincuentes: este es ya un partido tomado. ¿Pues para qué esos benditos Padres hacen tantas Apologías? Sus adictos no las necesitan, los llamados imparciales no las leen, sus enemigos se burlan de ellas. ¿No es una locura querer convencer á gentes, que no quieren ser convencidas, ó á partidarios empeñados en no dejarse convencer jamás?

Sí, lo repito, *jamás*; porque hagamos aquí una suposición. Imaginemos á la Francia, engañada por el ingenio y brillantez de la mayor parte de las Apologías Jesuíticas; ó movida y vencida por el peso de las razones y el poder de la verdad: ¿qué resultará de todo esto? ¿Los Jesuitas no serán siempre Jesuitas, y los Franceses siempre Franceses? ¿Los Jesuitas siempre envidiados, y por consiguiente, siempre culpables? ¿Los Franceses siempre ligeros, y por consiguiente, siempre mudables? Resultará de las justificaciones presentes, lo que se siguió de las pasadas. En tiempo de Enrique el grande se dijo, lo que hoy se repite en el de Luis el bien amado. ¿Las Apologías de los Jesuitas tuvieron entonces todo su efecto? No, por cierto: sus adversarios continuaron imperturbables en calumniarlos; hoy se repiten las mismas mentiras, como hechos demostrados; y en el siglo siguiente volverán á reproducirse, y á venderse como nuevas (1): esto indica la nulidad de tales defensas, contra los que no buscan desengaño, sino desahogo del odio y rivalidad. ¿Pero quieren vindicarse en un todo los Jesuitas? Dejen de existir y quedarán justificados; mas no lo serán mientras no dejen de ser.

Verdaderamente estoy colérica y furiosa, y ya se sabe que en el furor una muger lo dice todo; ¿pero

(1) Ojo á los *Documentos y Obras importantes sobre los Jesuitas, Cartas del Venerable Palafox, Cartas Provinciales de Pascal, traducidas al castellano, etc. etc.*, anunciadas tan pomposamente en 1841.—T.

por qué no he de decir yo lo que pienso de los Jesuitas, cuando tantos dicen de ellos aun lo que no piensan? Voy, pues, á revelar un delito, que ninguno todavía ha hecho valer en su contra: algo es el llevar la palma de la malignidad en esta materia; pero todo el punto de la dificultad consiste en hacer alguna acusacion que sea nueva y verdadera. Véase un crimen evidente, que el hombre mas estúpido, no dejará de calificarlo por tal, y de fallar como yo: tan sensible es la inversion del orden. Está establecido, que un acusado debe exponer sus razones, justificarse y defenderse antes de ser juzgado; y no es permitido al reo quejarse sino despues de la sentencia que lo condena. Los Jesuitas, no obstante, han procedido en un orden inverso: ¡tan enemigos son del orden comun! Antes de ser condenados, ellos no se han justificado; se han quejado. Hoy que están ya juzgados y sentenciados, ellos no se quejan; pero se justifican. ¡Ahora se justifican! Linda cosa por cierto; cuando están convictos, juzgados y condenados como *Emponzoñadores, Asesinos, Rebeldes y Regicidas*. ¿Por ventura, despues de haberse perdido el pleito, es cuando se hacen valer los derechos? Luego los Jesuitas son culpables, por haber traspasado de esta suerte los limites establecidos por las leyes; y quererse vindicar despues de perdido el negocio; ¿no es hacer proceso á la notoria equidad de los Jueces? ¿Será, sin duda, uno de los reprobados Privilegios de su Instituto, dejarse condenar sin hacerse oír?

Es necesario confesar, que los adversarios de los Jesuitas dicen de ellos muchas cosas; pero no lo han dicho todo, contentándose hasta aquí con sospechar misterios en la Compañía. ¡Cómo! ¿Es posible que tantos ojos perspicaces no han podido ver algo, y todo queda en sospechas? ¿No han visto nada en dos siglos tantos Argos? *Dichoso siglo de la Filosofía; todos los grandes descubrimientos te estaban reservados. Los Jesuitas ya son conocidos; mas no lo son sino por spiritus filósofos.* Sí: la luz se ha difundido. El secreto de los misterios de su Compañía estaba confundido con los de la Religión; el de su justificación aclara y justifica todos los demás. ¡Justificación extraña, y obra maestra de una Política profunda y tenebrosa! Porque es evidente, que los Jesuitas sin escribir y hablar (proceder extraordinario que ha durado largo tiempo) han hallado, no obstante, el medio de hacer gritar altamente en todos los rincones conocidos del mundo que los acusa, en todas las Ciudades de Francia que los condena, en la misma Capital, y delante de la Justicia armada de su espada y rodeada de todos sus terrores; que es una arbitrariedad, una violencia, una injusticia, la que se hace con ellos. ¿Qué cosa mas espantosa, y por consiguiente mas formidable, que una Compañía, que callando ella, hace gritar á todo el orbe?

Mas ya levanta, finalmente, ella la voz; muchos creerán oír los gemidos respetuosos de la inocencia; no pocos los enérgicos clamores de la verdad, y otros

los persuasivos argumentos de la razón; por lo que á mí toca, no oigo sino la grito de la sedición y de la rebelion. Qué, me digo á mí misma; ¿puede ser lícito en un Estado político llamarse inocente, cuando se está declarado reo? ¿No es ultrajar á la Justicia, y echar á rodar las leyes fundamentales de la Monarquía, esparcir por todas partes voces alarmantes y sediciosas, desacreditando sus juicios mas formales y terminantes? Esto cabalmente han hecho los Jesuitas: asombrémonos de su temeridad, "Nosotros, dice, condenamos la doctrina, que condenan los Decretos del 6 de Agosto. Ella es horrible, y nosotros la aborrecemos. Que se nombre entre los nuestros UNO SOLO, que sea culpable. Que cite toda la Francia un único testigo, y nosotros responderemos con nuestras cabezas. Tres de nuestros Reyes nos legaron al morir su corazón (1), el que reina hoy en la Francia, en ninguna parte domina, mas que en nuestra alma. Nosotros somos de Dios, y del Rey, católicos y Franceses."

A la verdad, yo me estremezco: la pluma se me escapa entre los dedos: mi mano rehusa escribir mas á la larga, lo que no temen repetir mas de tres mil voces, de innumerables maneras. ¿Conque la Justicia se puede engañar? ¿Conque no leen los hombres infaliblemente lo que pasa en el corazón de los otros hombres? Véase aquí la consecuencia, es de

(1) Enrique IV. á los Jesuitas de la *Fleché*; los dos Luis XIII. y XIV. á los de PARIS.

cir, la rebelion, el desprecio y el último de los delitos. ¿Cuál será la pena de esto? Yo lo ignoro. ¿Cuál su motivo? Yo creo haberlo penetrado.

Los Jesuitas se justifican. No es esto sin duda por no ser mas acusados, porque no lo esperan así; es por no ser destruidos, porque todavia tienen alguna confianza de lograrlo. ¡Para no sufrir su destruccion! Hay aquí una profundidad, en que la política del corazon humano se precipita y se confunde. ¿Qué ganarán los Jesuitas en no ser destruidos? Yo les pudiera decir: ¿qué es lo que no vais á ganar en serlo? Compañia descosa de honra y estimacion; ¿qué mas quieres? ¿El bamboleo de los Altares, no honra bastante tu caída? ¿No es cosa gloriosa dejar de ser, cuando es con tanto esplendor? Nosotros vamos á ser Filósofos: todo lo que ya no florece, ni es de moda, te consagra sentimientos y lágrimas, que solo la Filosofia podrá enjugar. Cincuenta Obispos, reunidos han hecho ya el exordio de tu Elogio fúnebre. No se ha leído todavis; pero la posteridad lo leerá. ¿Semejante muerte no vale mas que la inmortalidad? Se dirá: hubo Jesuitas en Francia, ellos eran grandes hombres, porque eran temidos. Fueron necesarios doscientos años para conocerlos; ¿cuántos se necesitarán para dejarlos de olvidar?

Sea de esto lo que fuere, se quiere destruir á los Jesuitas: yo no me asombro tanto de esto, como de ver que ellos se oponen á su destruccion. Estos hombres son para mí inexplicables, y por consiguiente

peligrosos. Porque al fin; ¿de qué se trata ahora respecto de ellos? ¿qué se les ofrece? ¿qué se les asegura? El derecho de hacer todo, condenándolos precisamente á no hacer nada: que permitan una vez el que se les tenga por culpables, para poder siempre serlo, y serlo impunemente: que su misma ociosidad los ponga, como á otros muchos, al abrigo de toda censura; y no se diga ya mas de ellos, supuesto que lo que habrá que decir será malo. ¡Ah! ¡Dónde está aquí el corazon humano! Los Jesuitas quieren mas bien continuar siendo el objeto de la censura y calumnia, de la deshonra y descrédito, que ser inútiles, ociosos y desconocidos. A la verdad, esto es estimar bien poco la reputacion. Yo me turbo al consultar á mi corazon. ¡La reputacion....! Una muger de honor debe pasmarse con sola esta idea.

Pero hay personas que no tienen pudor, ó se han formado un semblante de bronce, y este es el último paso ácia la maldad. ¿Quién dejará de conocer con este carácter á los Jesuitas? No hay mas que abrir los oidos y los ojos: los oidos á los gritos de condenacion, que resuenan por todas partes al rededor de ellos; y los ojos á su sangre fria, á su moderacion, á una íntrepidez, que los muestra serenos y tranquilos operarios, como si no estuviesen condenados. Sí: prescritos como Regicidas, juzgados como Revoltosos, y reprobados, en una palabra, como Jesuitas. Y no obstante, ¡ó seguridad espantosa! no se vén sino Jesuitas en cualquiera parte. Muchos Jesuitas